

HOY QUIERO CANTAR

Hoy no quiero cantar
la gloria de blasones, de grímpolas,
y de escudos de armas
a menudo, casi siempre,
esculpidos con sangre y con cadenas.
Dejaré en el olvido
a esos que llamamos, a veces, grandes hombres,
héroes a costa
del llanto y la miseria
de los pueblos.

Ya es tiempo y es preciso
dedicar la palabra y las canciones
al hombre,
al hombre nada más y nada menos,
al que tejió con soles y sudor
las sólidas paredes que cobijan
nuestras sombras y sueños.
Al que se sumergió en el polvo de la mina
para darles carbón a las viejas calderas
y aliviarnos de fríos invernales.
Al que modificó tanta materia
haciéndonos más cómodo el trabajo,
más plácido el descanso.
Al que nos va informando cada día
de esa alienación, de esa locura
que cubre la epidermis de la tierra.

Es hora
de cantar al labriego,
escultura de barro sobre el barro
y estandarte del viento sobre el viento.

Es hora de cantar
a esas manos
deformadas por años de trabajo
y que luego, ya viejas,
apenas si acarician
un miserable ahorro
y la resignación
de que gracias a ello
podrán morir
más despacio.

NOSOTROS QUE HEMOS VISTO

Nosotros hemos visto
y sentido,
latidos vacilantes,
doloridos pulsos,
ojos “desojándose,”
corceles
rojos de ira
arrasando las cosechas,
abortando esperanzas...

Hemos visto
la furia amenazante de los mares
e incontenibles ramblas
inundando de pánico los pueblos
y nos hemos ido impresionando
al contemplar
enormes huracanes estrellando su aliento
en duros farallones o en las sombras.

Hemos visto,
muchas noches,
temblar, de frío, un niño.
Su madre,
mendigante,
hería las miradas, las conciencias...
En este laberinto de tristeza,
raíces de silencio
se enredan en los labios,

en las gargantas
y estrangulan su voz.
Una ausencia evidente de palabras
flotaba en nuestras frentes.

Pregoneros de sueños anunciaban
el galope del alba,
un cántico de estrellas
y la caricia fresca
de un limpio manantial que está creciendo.

Pero tú,
yo,
nosotros, que hemos visto
agolpado el dolor sobre la tierra,
tanta fe mutilada,
tenemos el cabello
encrespado de dudas
y, en casi todo,
vemos ficciones y espejismos
que nos hieren el pulso.

MAR DE SOMBRAS

El crepúsculo silba
una triste balada de sombras. En las ramas
se agolpan
huracanes de dudas,
polvaredas de llanto seco y viejo.

Se están forjando estrellas,
lágrimas encendidas,
en la redonda fragua de la noche

Los pájaros descansan su canto entre las hojas.

Un naufragio de luces
ha dejado sus restos flotando cenitales.
Sentimos la impotencia
para poder asirnos
a un mástil o a una tabla luminosa.
Nuestros brazos no alcanzan
más allá de esa cuerda nocturna que golpea
nuestra frágil materia que arrastramos.

Solo rompe el silencio
un lamento apagado,
ese crujir tristísimo
de una hoguera extinguiéndose.